

FERNANDO OLIVIÉ GONZÁLEZ-PUMARIEGA

LA HERENCIA DE UN IMPERIO ROTO

Dos siglos en la historia de España

Marcial Pons Historia

2016

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Prólogo, <i>por José Luis García Delgado</i>	11
Presentación, <i>por Eduardo Serra Rexach</i>	15
Agradecimientos.....	17
Introducción.....	19

PRIMERA PARTE EL IMPERIO ATLÁNTICO DE LOS BORBONES ESPAÑOLES

Capítulo I. La Paz de Utrech expulsa a España de Europa.....	33
Capítulo II. España se revuelve contra el <i>diktat</i> de Utrech. La «Guerra de la Oreja de Jenkins».....	39
Capítulo III. De Carlos III a Manuel Godoy.....	53

SEGUNDA PARTE LA INVASIÓN NAPOLEÓNICA DE ESPAÑA Y LA DESTRUCCIÓN DEL IMPERIO ESPAÑOL

Capítulo IV. La liquidación del poder hispano en la Península.....	67
Capítulo V. La liquidación del poder hispano en América.....	79

TERCERA PARTE

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y SU «DESTINO
MANIFIESTO»

Capítulo VI. Estados Unidos y España durante la guerra española contra Napoleón	93
Capítulo VII. Estados Unidos y México	99
Capítulo VIII. Estados Unidos, Cuba y la última guerra entre espa- ñoles y anglosajones	111

CUARTA PARTE

LA ESPAÑA PENINSULAR BUSCA UN ESTADO
Y UN LUGAR EN LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Capítulo IX. La España de Ayacucho y la Europa postnapoleónica...	139
Capítulo X. La Cuádruple Alianza	149
Capítulo XI. Entre Londres y París. La influencia británica	165
Capítulo XII. Entre Londres y París. La influencia francesa.....	181

QUINTA PARTE

EL CAMINO DEL AISLAMIENTO

Capítulo XIII. El Estado español pierde prestigio y es marginado...	197
Capítulo XIV. El colonialismo franco-británico en África y Marruecos.	213
Capítulo XV. España neutral	223

SEXTA PARTE

ESPAÑA PONE EN MARCHA
UNA POLÍTICA EXTERIOR IDEOLOGIZANTE

Capítulo XVI. La Paz de Versalles y España. La cuarta guerra civil española.....	235
Capítulo XVII. España, necesaria para la guerra.....	259
Capítulo XVIII. España, necesaria para la paz	267
Un balance y unas reflexiones adicionales.....	279
Epílogo.....	285

	<u>Pág.</u>
Epílogo a esta edición. Visión actual de la UE desde una España integrada en Europa	289
Notas.....	293
Bibliografía	375
Índice de nombres.....	379

INTRODUCCIÓN

En la costa francesa del canal de la Mancha, muy cerca de la ciudad de Dieppe, hay un pequeño pueblo llamado Eu, cuya población actual no llega a los 10.000 habitantes. En ese pueblo que no tiene nada de relieve que invite a visitarlo, se reunieron en 1845 la reina Victoria de Inglaterra y el rey Luis Felipe de Francia y decidieron con quién podía —y con quién no podía— casarse la reina Isabel II de España, que tenía entonces catorce años.

Los jefes de Estado de las dos potencias que, en aquel entonces, eran las más importantes de Europa y del mundo, dispusieron de los destinos de España y de la ventura personal de nuestra soberana como si nuestro país fuera un co-protectorado franco-británico. Tenían razón para obrar así, pues desde unos años antes de la «cumbre» de Eu, España dependía política y económicamente de Londres y de París y era, hasta cierto punto, lógico que los Gobiernos británico y francés se sintieran responsables de nuestro futuro.

La entrevista de Eu simboliza el momento en que nuestro país ocupa uno de los puestos más bajos en el escalafón de las naciones y nuestra historia, a partir de entonces, es la de un largo proceso encaminado a superar ese bache, proceso que aún no está plenamente completado. La historia anterior a la cumbre franco-británica citada es, a su vez, la de una contienda entre españoles, ingleses y franceses que duró casi tres siglos y que se saldó con la disgregación de los dos Imperios que nuestro país creó y dirigió en el tiempo

transcurrido desde el momento de su unificación hasta comienzos del siglo XIX.

A principios del siglo XVI, el Estado español que acababan de crear los Reyes Católicos —el primer Estado moderno de Occidente— se asentaba sobre un territorio prácticamente igual al de la España de ahora.

Durante los siglos XVI y XVII los reyes de España extendieron su soberanía a otros territorios europeos poblados por sociedades de distintas lenguas, distintas culturas y, al final, distintas religiones. En esos dos siglos le tocó a España dirigir, mantener unida y defender a una vasta y compleja entidad política, integrada por pueblos muy diversos que compartían un mismo soberano y la necesidad de defenderse de una misma amenaza: la amenaza turca. Esa entidad política, ese Imperio regido por los monarcas españoles de la Casa de Austria, fue estructurada por Carlos I, llevado al apogeo de su poder por Felipe II y se desintegró en tiempos de Felipe IV y Carlos II.

El Imperio de los Austrias hispanos quiso ser, y en gran medida fue, un Imperio católico por entender que el catolicismo era en el siglo XVI lo que unía cultural y políticamente al continente europeo, como ahora lo une la democracia. El Imperio hispano-católico de los Austrias quiso también ser aliado de una Francia y de una Inglaterra que, a principios del XVI, todavía eran mayoritariamente católicas, pues éstos eran los dos países que, con el nuestro, controlaban la vida de la Europa occidental, de la Europa civilizada. Ambos países rechazaron esa alianza y contribuyeron a la desintegración del citado Imperio hispano-católico.

La disolución del mismo, a fines del siglo XVII, acabó con la influencia de España en la vida europea y al iniciarse el siglo XVIII y acceder al trono de España la Casa de Borbón, la soberanía de nuestros reyes no pasaba, en Europa, más allá de los Pirineos. Pero en Ultramar se extendía a las Filipinas y otros archipiélagos asiáticos y en América a toda una serie de sociedades de cultura española que se habían ido creando a lo largo de los siglos anteriores, gracias al cruce del inmigrante hispano con el nativo americano. A España le tocó entonces dirigir, mantener unido y defender a un Imperio atlántico plurirracial y pluricontinental, pero culturalmente homogéneo.

Esta nueva entidad política creada por los españoles, este segundo Imperio español —el Imperio atlántico de los Borbones— se

disgregó y atomizó política y económicamente en el primer tercio del siglo XIX, aunque culturalmente sigue manteniéndose muy vivo aún hoy en día. Los países que lo integraron, al romperse los lazos políticos que los ataban y que los hacían a todos colectivamente más fuertes, pasaron, al igual que España, a depender de otras potencias. La historia de los países herederos y sucesores de ese Imperio atlántico transcurre por cauces paralelos y las vicisitudes que atraviesa cada uno de ellos se parecen mucho a las que han sufrido los demás. Todos ellos, España incluida, son los hijos y herederos de una derrota. La que atomizó el Imperio en cuyo seno se formaron y la que impidió que se unieran y que coordinaran sus políticas y sus economías, una vez alcanzada la independencia.

Ese segundo Imperio, madre común de todos los pueblos hispánicos, es el que más nos interesa en estas reflexiones sobre nuestra política exterior y sobre la situación internacional que ha ido ocupando nuestro país en la Edad Contemporánea.

Ahora bien, no parece que podamos analizarlo, desde su nacimiento hasta su fin, sin examinar brevemente qué es lo que ocurrió con el primer Imperio —con el hispano-católico de los Austrias—, pues las herencias no se entienden bien si no se conoce al causahabiente.

El Imperio hispano-católico de los Austrias nació en unos momentos en los que los países cristianos del Mediterráneo, desde Venecia hasta la misma España y los países cristianos del valle del Danubio, desde Hungría hasta Alemania, se veían amenazados por el expansionismo turco que controlaba la costa del norte de África y había ocupado todos los Balcanes. A España le correspondió asumir la defensa de Europa frente a ese peligro que era, en aquel entonces, tan grave como lo fue en el siglo XX el peligro soviético.

Para hacer frente a esa responsabilidad, nuestro país tuvo que establecer a lo largo de la costa norteafricana una serie de puestos fortificados (Ceuta, Melilla, Orán, etc.) que se extendieron hasta Trípoli, la capital de la Libia actual. Carlos I, actuando como rey de Nápoles, que era uno de sus Estados, cedió en 1530 a los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, las islas de Malta y Gozo, situadas al este de su reino napolitano. Con esta cesión, España se ganó un aliado de valía, la Orden de Malta, que con sus galeras contribuyó a cerrar a los turcos el Mediterráneo occidental,

facilitando con esto las comunicaciones y el comercio entre Italia, España y el sur de Francia. Así y todo, la amenaza naval turca no sería conjurada hasta el 7 de octubre de 1571, día en que las flotas combinadas de España, Venecia y los Estados Pontificios derrotaron a la Armada turca en la batalla de Lepanto.

Ni Francia ni Inglaterra ayudaron a España en esta tarea defensiva que costó a nuestro país bastante sangre y no poco dinero. Francia empleó los primeros sesenta años del siglo XVI en guerrear contra España para arrebatarse a esta última las posesiones italianas heredadas del Reino de Aragón. Dice el historiador francés Pierre Miquel que en los mismos años en los que España descubría América, Francia descubría Italia, ambicionando inmediatamente apoderarse de ella. Por el control de Nápoles primero y del Milanesado después, los franceses hicieron a los españoles nada menos que nueve guerras, entre 1500 y 1559. Sólo la guerra civil francesa, provocada por la Reforma protestante, pleito que duró cerca de treinta y seis años, interrumpió las hostilidades hispano-francesas. Los soberanos españoles no quisieron aprovechar los disturbios domésticos galos para quebrantar a su vecina de allende el Pirineo, pues siempre creyeron que podrían tener a Francia como aliada y amiga. Esta política española llegó a traducirse en apoyos concretos a los soberanos católicos franceses, cuando éstos se vieron acosados por sus súbditos protestantes. Como es sabido, tropas españolas ayudaron al rey de Francia a someter a los rebeldes hugonotes de La Rochela. En la política de los soberanos hispanos de la Casa de Austria preservar la unidad católica de Europa primó sobre cualquier interés egoísta que pudiera haber alegado el pueblo español y, lo que es más importante todavía, dicho pueblo español apoyó a fondo esa política de sus reyes.

Restablecida la paz doméstica en Francia, gracias al Edicto de Nantes que permitió la cohabitación entre hugonotes y católicos, los reyes franceses olvidaron el amistoso comportamiento que tuvieron los monarcas españoles para una Francia dividida y convulsa y reanudaron las hostilidades contra nuestro país. La causa de esas hostilidades no era ya la posesión de Italia. La Francia de Enrique IV, el rey protestante que se convirtió al catolicismo para acceder al trono, inició una nueva política exterior conducente a dotar al país de lo que los franceses llaman sus «fronteras naturales». Esas fronteras eran los Pirineos al sur y el Rhin al este.

En pos de la extensión de la soberanía francesa hasta esas fronteras, Francia le hizo a España seis guerras más, pues España era soberana de territorios al norte de los Pirineos (el Rosellón y la Cerdaña) y al oeste del Rin (el Franco-Condado, Luxemburgo y Flandes). La primera guerra de esas seis fue iniciada por el propio Enrique IV y terminó en 1598 con la Paz de Vervins. Las cinco guerras siguientes se saldarían con las paces de 1659 (Paz de los Pirineos), 1668, 1678, 1684 y 1697. En ellas fuimos perdiendo los territorios al norte de los Pirineos (el citado Rosellón y la mencionada Cerdaña) y los situados al oeste del Rin, que Francia ambicionaba. En 1668 Lille, en 1678 el Franco-Condado y en 1684 Luxemburgo.

La accesión al trono de España de Felipe V de Borbón, un nieto de Luis XIV, puso fin a las hostilidades hispano-francesas. Desde 1700 hasta nuestros días entre ambos países ya no ha habido más que dos guerras. La que hace el número dieciséis de las contiendas entre los dos Estados y que fue declarada por Godoy contra la primera República Francesa y la causada (la diecisiete y última contienda) por la revuelta española contra José Bonaparte, impuesto como soberano de nuestro país por su hermano Napoleón. La falta de conflictos bélicos no significa, sin embargo, que entre Madrid y París se haya forjado una cálida atmósfera de amistad. El que siglo y medio de paz entre dos países vecinos no haya despejado todas, absolutamente todas, las desconfianzas y los malentendidos entre ellos, es cosa digna de analizarse, como trataremos de hacer más adelante.

Inglaterra rechazó también la amistad española que Fernando el Católico había tratado de cimentar casando a su hija Catalina con el príncipe de Gales, Arturo, y luego con el hermano de este último, que accedería al trono con el nombre de Enrique VIII. Cuando éste quiso deshacer su matrimonio con Catalina y no logró para ello el permiso de Roma, se rebeló contra el Papado y fundó la Iglesia anglicana, de la que se autoproclamó jefe. Con esta medida, Inglaterra rompió con el catolicismo sin unirse tampoco demasiado con el reformismo protestante europeo, tanto luterano como calvinista. Se quedó, como ha estado desde entonces y hasta su ingreso en el Mercado Común, en la periferia de Europa, tratando de dirigirla desde fuera a base de enfrentar a unos Estados europeos con otros. Esta política de equilibrio de poderes, tuvo el inconveniente de que

cuando se rompía el equilibrio, cosa frecuente, estallaba una guerra que cada vez era más cruenta.

Carlos I no abandonó la pretensión de establecer con Inglaterra una alianza permanente, como lo había querido también su abuelo Fernando el Católico. Al morir Enrique VIII le sucedió en el trono de Londres primero su hijo Eduardo, que murió siendo niño, y luego su hija mayor, María Tudor, que el rey Carlos de España logró casar, en 1554, con el príncipe de Asturias, quien en 1556 ascendería al trono español como Felipe II. Antes y por un corto espacio de tiempo, había sido rey consorte (Felipe I) de Inglaterra.

La alianza hispano-británica se rompió una vez más al subir al trono de Londres Isabel, la hermana pequeña de María Tudor, que abrazó decididamente la causa de la Iglesia de Inglaterra frente a la católica. La diferencia de religiones no fue, sin embargo, la única razón de la ruptura entre españoles e ingleses. A los ingleses, al igual que a los españoles, les tocó vivir en una tierra poco hospitalaria, situada en el extremo occidental de Europa. Con la mar a la espalda y sin otra posible retirada, tanto ingleses como españoles buscaron su futuro en Ultramar. España, gracias a Cristóbal Colón y gracias a haberse constituido antes como Estado moderno, tuvo la suerte de encontrar su Ultramar medio siglo antes que Inglaterra. Cuando esta última descubrió las posibilidades económicas y políticas que América ofrecía, los españoles eran ya dueños del Caribe, de la Nueva España y de la Tierra Firme de América del Sur y controlaban también los mares que bañaban a todas estas tierras. El papa, autoridad suprema de la cristiandad, mediante una serie de bulas como la *Inter Cetera I* y la *Inter Cetera II*, la *Piis Fidelium*, la *Eximiae Devotionis* y la *Dudum Siquidem*, había concedido, además, a los reyes de España los títulos de propiedad del Nuevo Mundo, títulos que la Real Armada —la primera Marina de Guerra permanente de un Estado moderno— estaba dispuesta a defender por la fuerza.

Inglaterra no aceptó esta situación. Su ruptura con Roma le permitió hacer caso omiso de las bulas papales. Frente a la Real Armada utilizó primero la piratería y luego creó su propia Royal Navy. Manipuló, igualmente, en contra de España a todos los pueblos europeos que por motivos económicos o religiosos no se sentían a gusto dentro del ordenamiento establecido en torno al Imperio hispano-católico de los Austrias, logrando al fin, con la

ayuda francesa, quebrantar y desintegrar a dicho Imperio, expulsando políticamente a España de Europa a comienzos del siglo XVIII. Los Tratados de Utrech en 1713 son el símbolo de esa expulsión.

Antes de Utrecht, Inglaterra había guerreado contra España en tres ocasiones. La primera guerra, que duró cerca de veintisiete años, ocupó gran parte de los reinados de Isabel I de Inglaterra y de Felipe II de España y todo el último tercio del siglo XVI. Fue una guerra causada por las depredaciones de los piratas ingleses en el Ultramar español y por la ayuda que la reina Isabel prestó a los holandeses que se habían rebelado contra su rey, que era también el rey de España, y fue, fundamentalmente, una guerra naval en la que los españoles quisieron invadir Inglaterra en 1588 —expedición de la Armada Invencible— y los ingleses España en 1589, fracasando ambas expediciones, pues ninguno de los dos países tenía fuerza, ni había en aquellos tiempos medios, para que el uno pudiera someter militarmente al otro.

Esta primera contienda hispano-británica se liquidó con la Paz de Londres de 1604, establecida entre Jacobo I de Inglaterra y V de Escocia (el heredero de la reina Isabel) y Felipe III de España, el hijo de Felipe II. La Paz de Londres, por cuya preservación luchó denodadamente un gran embajador español en Inglaterra, el conde de Gondomar, fue la tercera y última oportunidad de forjar una sólida alianza hispano-británica, como en esta ocasión parece que quería Inglaterra. Esa oportunidad se perdió para siempre. Felipe IV no quiso que su hermana se casara con el príncipe de Gales y este último, cuando subió al trono inglés con el nombre de Carlos I, declaró en 1625 la guerra a España, aprovechando que nuestro país estaba enzarzado en la contienda de los Treinta Años. Esta segunda guerra hispano-británica fue seguida, treinta años más tarde, por una tercera, que la Inglaterra de Cromwell le hizo a la España de Felipe IV en 1655.

Cromwell había propuesto a nuestro embajador en Londres, Alonso de Cárdenas, la firma de un convenio por el que se permitiría a Inglaterra comerciar con el Ultramar español. Madrid rechazó esta propuesta y ambos países se enzarzaron en unas hostilidades que durarían cerca de trece años y de resulta de las cuales nuestro país perdió la isla de Jamaica.

La Guerra de los Treinta Años antes citada, desencadenada por motivos religiosos, en la que Inglaterra nos combatió por mar y

Francia por tierra, fue la que liquidó el Imperio hispano-católico de los Austrias. Desde 1555, año en que se firmó la Paz de Augsburgo, siendo Carlos I de España emperador de Alemania, este país había conocido una relativa paz religiosa a base de aplicar la fórmula según la cual la religión del príncipe era también la religión del pueblo, lo que había permitido la coexistencia de Estados católicos y Estados protestantes dentro del Imperio alemán.

En 1618, la nobleza bohemia, que era protestante, violó esa fórmula negándose a reconocer como rey de Bohemia al emperador de Alemania, Rodolfo II, que era católico. Se produjo entonces la famosa «defenestración de Praga» y se iniciaron las hostilidades entre príncipes alemanes católicos y príncipes alemanes protestantes que degeneraron en una contienda que duró treinta años, en la que participaron de un modo u otro todos los Estados de Europa y que puede considerarse como la primera de las grandes guerras europeas.

En 1618 España vivía en paz. En paz con la Inglaterra de Jacobo I y con la Francia de Luis XIII. En paz también con los rebeldes holandeses, a los que Madrid había concedido una tregua que venía a reconocer su independencia. El Flandes católico (la actual Bélgica), que permaneció fiel a su rey, se había convertido en un Estado soberano en el que reinaba una hija de Felipe II, Isabel Clara Eugenia. Parecía que a comienzos del siglo XVII se había llegado en Europa a una suerte de armisticio entre católicos y protestantes aceptando todos, e incluso el Papado, que la unidad política europea no podía ya asentarse sobre la unidad religiosa bajo la disciplina de Roma.

En este ambiente de compromiso, la «defenestración de Praga» cayó como un rayo y la clase política que rodeaba en Madrid a Felipe IV (el conde duque de Olivares, Zúñiga, Osuna, virrey de Nápoles, Oñate, embajador en Viena, etc.) y en la que predominaban los «halcones», que añoraban los tiempos gloriosos de Felipe II, quiso repetir la política de este último monarca e imponer a Europa por la fuerza un orden centrado en el Imperio hispano-católico de los Austrias. La forma en que se produjo la participación de España en la Guerra de los Treinta Años se parece mucho, salvadas las distancias, a la forma en que tuvo lugar la participación de los Estados Unidos en la Guerra de Vietnam.

Al ver en peligro la autoridad de Rodolfo II, el embajador de España en Viena, Oñate, logró de Madrid que un regimiento es-

pañol de guarnición en Friuli fuera puesto al servicio de los Habsburgos austriacos y echada a rodar esa bola de nieve, nuestro país terminó embebiendo en los campos de batalla alemanes grandes ejércitos que unas veces triunfaron como en Nordlingen y otras fueron derrotados como en Rocroy.

En marzo de 1965 los Estados Unidos enviaron a Da Nang, en Vietnam del Sur, a dos batallones de Infantería de Marina para ayudar al presidente Ngo Dinh Diem a defenderse de la rebelión de un Viet-Cong respaldado por Vietnam del Norte. Veinte años después, Norteamérica abandonó Vietnam, donde había llegado a mantener un ejército de cerca de 500.000 hombres.

España perdió la Guerra de los Treinta Años en «casa». Salvo Castilla, los demás reinos de la Monarquía hispano-católica de los Austrias, se negaron a gastar dinero y a sacrificar hombres por la unidad religiosa del Imperio alemán. Es más, se aprovecharon de la contienda para promover sus intereses particulares. Gracias a la Guerra de los Treinta Años, Holanda consolidó su independencia por la que llevaba luchando casi un siglo y Portugal, que en Aljubarrota había afirmado su identidad frente a Castilla, en 1640 se independizó de nuevo. Pero esta segunda vez, los portugueses, con su independencia, contribuyeron a romper una entidad política superior a Castilla y al propio Portugal, entidad en la que el espíritu lusitano emprendedor y al mismo tiempo sereno había constituido un ingrediente sustancioso. Al independizarse, Portugal se llevó consigo buena parte de África y un Brasil agrandado a costa de España, pues en los años en que Portugal y España compartieron a un mismo soberano, las fronteras que separaban a los territorios portugueses de los españoles en América se difuminaron en favor de Portugal.

El ejemplo portugués estuvo a punto de ser imitado por Cataluña, que se rebeló y hubo de ser reducida a viva fuerza. Al fin, llegó Madrid a comprender que no era buena política la de matar a catalanes para conservar la tranquilidad religiosa de Alemania y en la Paz de Westfalia de 1648 se liquidó el sueño europeo de Carlos I de España.

Los Estados Unidos también perdieron la Guerra de Vietnam en su «casa» y cuando comprendieron que no valía la pena matar a estudiantes para preservar la democracia en el sureste asiático firmaron en París, en 1973, un acuerdo con los vietnamitas del norte, los del sur y el Viet-Cong y se retiraron de Vietnam.

En su *The March of Folly. From Troy to Vietnam*, la historiadora norteamericana Barbara W. Tuchman ha definido estas políticas como «the pursuit of policy contrary to self interest», frase que podría traducirse como «la prosecución de una política contraria a los intereses propios».

Mientras estos acontecimientos se iban sucediendo en Europa, en el Ultramar descubierto en 1492, se fueron creando unas «Nuevas Españas», gracias a un doble esfuerzo humano y administrativo. Así, en 1503 se fundó La Casa de Contratación de Sevilla y en 1511 La Audiencia de La Española. En 1512 se descubrió Florida y en 1519 se conquistó México. En 1524 se estableció el Consejo de Indias, que sería un verdadero ministerio de Ultramar, y en 1525 Bastidas descubrió la Tierra Firme de América del Sur. En 1532 Pizarro conquistó Lima y tres años después, en 1535, se fundó Buenos Aires y en 1541 Santiago de Chile. En 1535 se creó el Virreinato de la Nueva España y en 1543 el de Lima, conquistándose en 1564 las islas Filipinas.

En apenas medio siglo una población española llena de vigor, que al producirse la unificación política bajo los Reyes Católicos no llegaba a los diez millones de habitantes, se volcó en Ultramar y descubrió, conquistó y pobló territorios que eran cien veces más grandes que la Península que esa población dejó atrás. Se calcula que, en tres siglos —los siglos XVI, XVII y XVIII—, tres millones de españoles se asentaron en América y unidos a los nativos fueron los antecesores de las actuales sociedades hispanoamericanas.

España también se desangró en Ultramar y si a esa sangría unimos las pérdidas humanas causadas por las guerras y las pestes, nos explicamos que al iniciarse el siglo XVI, cuando tiene lugar la disolución del Imperio atlántico de los Borbones españoles, la población de la España peninsular seguía siendo de unos diez millones de habitantes; es decir, la misma que en los tiempos de los Reyes Católicos. A lo largo del siglo XIX la población española, reducida ya a nuestra Península, dio un enorme salto demográfico, creciendo en ocho millones más, y cuando terminó la primera mitad del siglo XX había rebasado ya la veintena de millones.

Si comparamos estas cifras con las de nuestros vecinos europeos, observamos que España fue en la Edad Moderna y Contemporánea el país menos poblado de Europa. Su escasa población le impidió armar una Marina de Guerra que pudiera imponerse a

la británica, sobre todo en los tiempos en que los barcos de vela exigían tripulaciones numerosas y su debilidad demográfica le impidió también defenderse con eficacia frente a los ejércitos de una Francia napoleónica que nos doblaba ya en número de habitantes. Esa escasez de población impidió también el florecimiento en la Península de un mercado rentable, lo que, en cierto modo, es una de las causas de nuestro menor desarrollo económico en comparación con nuestros vecinos europeos.

Esa debilidad demográfica española tuvo también sus efectos en América. En las Antillas, los españoles se establecieron principalmente en aquellas islas que por su tamaño permitían el florecimiento de sociedades que se bastaran a sí mismas, como lo fueron Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, dejando deshabitadas las llamadas Antillas menores, sobre las que cayeron ingleses, franceses, holandeses y daneses, que las balcanizaron. Utilizando la mano de obra esclava traída de África, los países europeos antes citados organizaron la producción de azúcar consumida en el viejo continente hasta que se inventó la fabricación de azúcar de remolacha.

La balcanización del Caribe completada a fines del siglo XVII no ha dejado de tener sus consecuencias políticas en nuestros días. El proceso descolonizador ha otorgado la independencia a una serie de mini-Estados antillanos, muchos de los cuales han ingresado en la Organización de Estados Americanos. Un antiguo embajador argentino ante la OEA, el señor Raúl Quijano, ha calculado que en un próximo futuro existirán en el Caribe unos veintiún Estados independientes con población mayormente africana, hablando inglés, francés y holandés. Esos países tendrán los mismos votos y los mismos derechos que México, Brasil o Argentina y que incluso los propios Estados Unidos de América.

Por de pronto, Francia e Inglaterra han conseguido que toda la Comunidad Económica Europea, a través del programa de ayuda a los países ACP (africanos, del Pacífico y caribeños), contribuya financieramente al mantenimiento de esos mini-Estados independientes.

América entró en el siglo XVIII dividida en un Brasil lusitano, en unos territorios de habla española económica y culturalmente muy avanzados y en unas colonias francesas e inglesas situadas en la franja atlántica de la América del Norte, colonias cuya fabulosa rentabilidad futura era entonces difícil de prever. Todo ello al lado

de un Caribe atomizado que había dado de sí todo lo que podía dar el azúcar de la caña y el tabaco. La economía de la parte española de América era, pues, en esos momentos, la más rica en posibilidades, lo que despertó la codicia británica hasta tal punto de que no le importó a Londres hacer la guerra a Madrid para aprovecharse de los frutos que ofrecía Hispanoamérica.